



*Un yo solo, mudo e inmóvil:  
la narración de la enfermedad  
y de sus consecuencias sociales en  
Las mutaciones de Jorge Comensal*

por Sara Carini

RESUMEN: En la novela *Las mutaciones*, Jorge Comensal describe perfectamente los mecanismos de aceptación o rechazo individual y colectivos que surgen tras una diagnosis de enfermedad. Tras conocer que tiene un cáncer de lengua – un rhabdomyosarcoma típico de la edad infantil, además – la vida de Ramón se desploma. Sus relaciones familiares y laborales sufren un trastorno y Ramón se vuelve el testigo inerte de las mutaciones que su enfermedad trae consigo en todos los ámbitos de su vida. Gracias al uso de la ironía y a una simple pero eficaz delineación de los personajes, Comensal es capaz de describir la frustración social que las diagnosis de enfermedad comportan dentro y fuera de la vida del enfermo. El presente estudio se propone delinear de qué forma en la novela de Comensal es puesta en escena la distancia entre cura y persona en la medicina contemporánea y analizar cómo, a través de una específica estructura de la novela y por medio del desarrollo del tópico de la comunicación el autor llega a entablar una reflexión alrededor de cómo la enfermedad puede modificar nuestras vidas. La base teórica principal es representada por el concepto de “cuerpo pensante” (Scheper Hughes - Lock) y el concepto de enfermedad como metáfora aceptable o menos por la comunidad definido por Sontag.



**ABSTRACT:** In the novel *Las mutaciones*, Jorge Comensal describes perfectly the mechanisms that lay behind the acceptance or rejection, both individual than collective, that starts after a diagnosis of illness. After knowing that he has a cancer – a rhabdomyosarcoma typical of the children age – Ramón’s life collapses. His personal and professional relations are upset and Ramón becomes a motionless testimony of the mutations that his illness brings in all the areas of his life. Thanks to the use of irony and a simple but effective delineation of characters Comensal is able to describe the social frustration that the diagnosis of illness brings inner and outer the life of the sick. This study aims to outline how Comensal’s novel shows the distance between curation and person in contemporary medicine and to analyze how, thanks to a specific structure of the novel and through the development of the topic of communication, the author starts a reflection about how illness can modify our lives. The theoretical base is represented by the concept of “mindful body” (Scheper Hughes - Lock) and by the concept of illness as a more or less acceptable metaphor for the community defined by Sontag.

**PALABRAS CLAVE:** *Las mutaciones*; Cáncer; Cuerpo pensante

**KEY WORDS:** *Las mutaciones*; Cancer; Mindful body

Al plantear el problema de la difusión de las metáforas relacionadas con la enfermedad, Sontag definió “metáfora patológica” aquellas expresiones que desde la colectividad indican “una preocupación por el orden social” ante la difusión de un morbo (Sontag 828). El uso de estas metáforas está relacionado con un ideal de salud que se establece dentro de la sociedad (Sontag 828, Pizza 75); la autora denunciaba que la carga emotiva que se le imponía a las enfermedades – en este caso, el cáncer – no estaba relacionada con el conocimiento de su etiología; al contrario, era la consecuencia del desconocimiento que se tenía sobre su epidemiología y el resultado del miedo que provocaba su expansión. Las metáforas que encubren el cáncer no tienen ninguna relación con su desarrollo bioquímico: el problema no era (y no es) la enfermedad en sí, sino la idea de muerte que la acompaña y que producía (y produce) un desajuste en los deseos que el individuo y la sociedad tienen para sí mismos.

Si en el enfermo la corrupción del cuerpo que acompaña el cáncer provoca shock porque influye en su calidad de vida, dentro de la colectividad el cuerpo degradado recuerda la ineludible falacia del hombre; rompe con la idea de control que el desarrollo del individualismo ha impuesto a partir de una visión del cuerpo desconectada del mundo (Le Breton 47). Frente a la enfermedad, la ilusión de inmortalidad que subyace a la concepción moderna de cuerpo y salud se derrumba, demostrando que es



imposible mantener el control sobre la totalidad de los aspectos de la vida del hombre. Por esto se recurre a la utilización de metáforas patológicas: matizan el morbo y garantizan la normalidad de los encuentros entre el enfermo (que de forma más o menos evidente es portador de un estigma) y el individuo sano –o, en la acepción de Goffman (31), normal. El objetivo de esta actitud es eludir el dolor y la degradación; sin embargo, para el enfermo esto representa la entrada en un proceso de mistificación inhibitoria (Sontag 1134) que lo encierra en una burbuja, capaz de deformar la percepción de su experiencia médica, de sus padecimientos e incluso de influir en su curación (Arzate Mireles et al. 3).<sup>1</sup> Frente a la metáfora patológica la identidad personal y social del enfermo se modifica, en el intento de seguir formando parte de la sociedad a la que pertenecía antes y que es la misma que ha establecido qué es normal y qué no lo es (Goffman 27).

El punto de encuentro entre el relato público de la enfermedad y la literatura se da en la metáfora. Su uso para delinear los elementos emocionales de la experiencia del enfermo está directamente relacionado con la condición del cuerpo (Pizza 103). Siendo el cuerpo un producto histórico, la narración de sus padecimientos adopta un significado que va más allá de su corporeidad, porque al mismo tiempo es sujeto y agente de cambio de la historia (Pizza 78). Desde este punto de vista la literatura se propone como un archivo, un *corpus* que refleja cómo ha evolucionado la relación hombre/enfermedad desde el punto de vista histórico, social y humano. La persistencia de sus relatos a lo largo del tiempo se debe a que el uso de la retórica propio de la ficción actualiza los significados encerrados en sus narraciones, dando acceso a una “plataforma de indagación” con la que profundizar el conocimiento del ánimo humano a través del análisis de los efectos que la enfermedad provoca en el ser y en la sociedad (Scarabelli 1).

Los relatos literarios de la enfermedad pueden incluir y resemantizar las enfermedades de diferentes maneras. En primer lugar, la inclusión del enfermo en el texto literario legitima su presencia en el mundo: lo pone en relación con un contexto en el que tiene un rol y un significado. En segundo lugar, la literatura recupera la discursividad de la experiencia de la enfermedad, con el resultado de que la misma se traslada a un plano de significación accesible para cualquier lector. En tercer lugar, la forma con la que se manejan ciertas metáforas patológicas pone en tela de juicio su construcción y plantea para ellas una significación alternativa. En relación con las posibilidades de reelaboración de la enfermedad que encierra la ficción literaria, con este estudio me propongo analizar cómo es tratado el cáncer en la novela de Jorge Comensal *Las mutaciones* (2016)<sup>2</sup> para delinear a través de cuáles tópicos el autor

---

<sup>1</sup> Existe una amplia literatura sobre la necesidad de establecer pautas correctas de la comunicación médico-paciente-familia. A este propósito se remite también al artículo de Andrea Herrera, “Entrega de malas noticias en la práctica clínica” y el de M. Luz Bascuñán, “Comunicación de la verdad en medicina: contribuciones desde una perspectiva psicológica” (ver bibliografía).

<sup>2</sup> Mi análisis se basa en la primera edición de la novela, publicada por Ediciones Antílope en Ciudad de México en 2016. Una segunda edición de la misma novela se ha editado en 2019 con el sello de Seix Barral.



favorece un acceso 'racional' a su narración y a la narrativización de las relaciones médico-paciente-familia.

El argumento de *Las mutaciones* gira alrededor de las consecuencias que desencadena una diagnosis de cáncer en una familia de Ciudad de México. El núcleo de la narración es la descripción del choque con la realidad al que cada uno de los miembros de esta familia tiene que enfrentarse tras la diagnosis de cáncer recibida por Ramón, el protagonista. La virulencia con la que se presenta el tumor, un rhabdomyosarcoma de lengua típico de la edad infantil que ha permanecido silente por décadas, priva a Ramón de su característica principal, la elocuencia, determinando un mutismo infligido e irreversible. La imposibilidad de tomar contacto con su entorno familiar y laboral frustra la vida y la mente de Ramón, quien termina encerrado en una mudez voluntaria, del que solo saldrá esporádicamente. Hablará de forma escrita en pocas ocasiones y su propio flujo de conciencia, en la mayoría de los casos dirigido al loro Benito, será su única forma de sosiego. Los demás personajes que se mueven a su alrededor también se ven influidos y cambiados por el cáncer de Ramón. Carmela, su mujer, tiene que regresar al trabajo tras muchos años de inactividad para frenar la crisis económica provocada por los tratamientos de su marido. Sus hijos, Mateo y Paulina, se hunden en sus respectivas debilidades: la comida y los videojuegos. Su hermano Ernesto, aprovecha de que Ramón le ha pedido un préstamo para humillarlo y avivar viejos altercados familiares. Su oncólogo, el doctor Aldama, y Teresa, su psicóloga, tras entrar en contacto con el caso de Ramón deciden cambiar sus propias vidas, tanto en lo concierne lo profesional como en lo atañe a lo personal. Por último, Elodia, la sirvienta, acepta trabajar sin sueldo y rompiendo sus preceptos religiosos permite la muerte de Ramón con tal de no verlo sufrir. Las reacciones emocionales de los personajes y su caracterización conforman una serie de estereotipos, que encajan en los distintos niveles de cuerpo incluidos en el concepto de 'cuerpo pensante' procedente de la antropología médica. Esta coincidencia me parece fundamental a la hora de aproximar la interpretación de la novela porque la definición que establece el rol de cada uno de los elementos que pertenecen al cuerpo pensante funciona como un acelerador de los significados que se encierran detrás de las palabras y acciones de cada uno de los personajes.

Introducido en 1987 por Scheper-Hughes y Lock este concepto nace en respuesta a la exigencia de definir el cuerpo de forma más profunda respecto a cuanto se solía hacer en el ámbito médico en los años 60-70. Las consideraciones alrededor de cómo funcionaba la mirada del etnólogo médico (Good) impulsaron a las investigadoras a observar el cuerpo a partir de un punto de vista más complejo, que considerara cuáles eran las influencias ocasionadas por sus relaciones con el contexto. Según este concepto, el cuerpo no coincide con la percepción física y objetiva típica de la concepción bioquímica ofrecida desde la medicina convencional; al contrario, es un todo complejo, compuesto por tres distintos ámbitos de experiencia en los que se distingue un plano individual, uno social y uno político (Scheper-Hughes - Lock 6-41). El ámbito individual corresponde a la experiencia del enfermo, el ámbito social a la del enfermo en relación con quienes lo rodean, mientras que el ámbito político viene a ser



el relato de la experiencia del control de la enfermedad que se produce desde la autoridad. Cada uno de los cuerpos produce una significación distinta de la enfermedad, que repercute en el cuerpo del sujeto enfermo y en su experiencia. Para mi análisis, me planteo el uso de esta terminología porque la estructura narrativa de la novela y los recursos utilizados por su autor están organizados para tomar distancia del aspecto 'vivencial' de la narración del cáncer y ofrecen una visión de conjunto que se construye por medio de personajes que se presentan enmarcados dentro de rasgos preestablecidos, gracias a los cuales revisten las instancias del cuerpo pensante facilitando la comprensión de las dinámicas de la relación médico-paciente-familia.

A cada personaje es aplicado un estereotipo delineado por medio de las palabras del narrador omnisciente, quien presenta la historia personal de cada uno de forma rápida y esquemática. Ramón, el enfermo, es un abogado independiente que a diario intenta sacar lo mejor de su trabajo, no desdeña un trago más de la cuenta y ha hecho de todo para que su familia tuviera una buena calidad de vida sin tenerse que aprovechar de los demás. Él es el cuerpo individual y a lo largo de la novela percibimos la frustración que le ocasiona el cáncer, en particular porque la enfermedad le impide cuidar de su familia y de sus intereses y porque poco a poco lo somete a un estado de dependencia que le proporciona una condición de incomunicación con los demás. Su entorno familiar, compuesto por su mujer Carmela, sus dos hijos Paulina y Mateo, su hermano Ernesto con su mujer y la sirvienta Elodia, representan el cuerpo social, es decir, esa parte de entorno que tiene que enfrentarse a los síntomas de la enfermedad y que lidia con esta a través de la experiencia directa con el enfermo. Las reacciones emocionales que caracterizan a los personajes de este grupo son típicas de la preocupación que cualquier persona ha experimentado por un ser querido en dificultad: rechazo, ansiedad, angustia y miedo influyen en la evolución de cada uno y se trasladan en la cura y en la relación con Ramón. El oncólogo de Ramón y su psicóloga representan el cuerpo político, es decir, el sistema que proporciona la curación y las informaciones sobre la enfermedad. Tanto el uno como el otro se relacionan con Ramón solo desde el punto de vista médico y profesional.

Empezando por su estructura, la novela de Comensal se presenta como una puesta en escena de las dinámicas que conforman la experiencia de la enfermedad en distintos niveles. La particularidad es que le guiña el ojo a la experiencia del lector, pidiéndole tomar una postura de observación y no de participación emotiva en las desgracias de Ramón. La alta incidencia de cáncer en la sociedad actual pone cualquier persona en la condición de haber vivido personalmente, o a través de un familiar o amigo, el desarrollo de esta enfermedad; al lector se le proporciona una representación que lo invita a tomar en consideración lo que conoce del cáncer, sin por esto exigirle ningún tipo de vinculación emotiva con el relato. El título, por otro lado, abre una incógnita sobre el verdadero significado de la palabra "mutación": el sustantivo escogido por Comensal parece apuntar a las mutaciones anómalas que definen la etiología y evolución del cáncer, pero se adapta también para indicar las mutaciones que se dan en el enfermo y en su entorno a la hora de enfrentarse a la enfermedad. De la misma forma, la estructura de la novela refleja el desliz que va desde el trastorno que



puede seguir a la experiencia de la diagnosis a la dificultad de hablar sobre o desde lo que caracteriza la evolución de cualquier enfermedad. A este propósito, vale la pena considerar ante todo los epígrafes seleccionados por Comensal. El primero propone una cita tomada de *Válium 10* de Rosario Castellanos, el segundo, una cita extraída del ensayo sobre metáfora y enfermedad de Susan Sontag ya citado con antelación:

Y tienes la penosa sensación  
de que en el crucigrama se deslizó una errata  
que lo hace irresoluble.

La enfermedad no es una metáfora y el modo más auténtico de encararla —el modo más sano de estar enfermo— es el que menos se presta y más se resiste al pensamiento metafórico.

Los versos de Castellanos aplican a la condición de Ramón: el avance de su cáncer y la consecuente imposibilidad de hablar representan una errata perpetua en su relación con el mundo, ineludible e imposible de solucionar. Pero también funcionan como un elemento paralelo del sentimiento de impotencia y frustración que caracteriza la condición de cualquier enfermo al descubrir que algo en su propio cuerpo no funciona como debería. Desde esta perspectiva, los versos seleccionados se presentan como una metáfora válida de la denominada “crisis de presencia” (Pizza 105) que ocurre cuando el enfermo toma conciencia de que su condición implica cambios en su relación con el mundo y comprende que tendrá que elaborar nuevas formas para entrar en contacto con él. La cita de Sontag, en cambio, pone en tela de juicio el tipo de comunicación que suele darse acerca de la enfermedad durante el proceso de curación. A este propósito, vale la pena recordar que los protocolos de comunicación utilizados para proporcionar al sujeto enfermo informaciones sobre el estado de salud cambian dependiendo de la nación, de la cultura y del sistema médico que se toma en consideración (Pizza 137-140). Nadie decide enfermarse, pero al hacerlo todos nos encontramos con ese mundo de normas escritas o no escritas que establecen cuál código comunicativo va a regular nuestras relaciones con el mundo sano.

El rol que desempeña la comunicación en el contexto comunicativo médico-paciente-familia es central y es bien representado por *Las mutaciones*. A partir del tipo de cáncer que afecta a Ramón, la posibilidad de comunicar o no comunicar con provecho o placer es una constante de las relaciones entre los personajes. A este propósito vale la pena destacar que el tópico de la comunicación es reelaborado a lo largo de la novela de diferentes formas. La primera se concreta en la descripción de las sensaciones que el cuerpo del mismo Ramón le transmite desde su nuevo estado. “Al escuchar su propia voz”, comunica el narrador, “sentía que un ladrón sordomudo le había robado el cuerpo” (Comensal 13), la imposibilidad de reconocerse en el sonido producido por su propio cuerpo define un primer eslabón en la resignación de Ramón. Su percepción ya no se identifica con lo que realmente le transmite el sonido de su voz, sino con las capacidades perdidas de habitar el mundo que esta voz inexistente lleva consigo (Galimberti 321). En este sentido, no poder hablar no determina sólo una pérdida de contacto con los demás, sino también una pérdida de contacto con sí mismo.



Esta percepción, desafinada y frustrada, resultado de la imposibilidad de comunicarse de forma satisfactoria se repite también en el encuentro con los demás. En cierto momento Carmela decide donarle a Ramón una libreta. Esta debería ayudarlo en las comunicaciones cotidianas, sin embargo, el medio resulta ser aparatoso. Por un lado, la escritura no le permite ser elocuente, por otro, la herramienta depende de la paciencia del interlocutor, que tiene que esperar a que Ramón termine de escribir sus intervenciones, leerlas y contestar. Ramón dejará de escribir en la libreta porque “Discutir sin derecho natural de réplica era agotador” (Comensal 99), la utilizará solo para comunicarse con Elodia, con la que tiene un trato directo y amigable y que por su devoción es fácil de cohibir. Con los demás, frente a los que se siente culpable por su estado, optará por los gestos y por tragarse gran parte de sus argumentaciones.

Por lo que concierne las dificultades de comunicar acerca de la enfermedad hace falta recordar que la posición que cada uno de los personajes mantiene dentro del cuerpo pensante de la ficción implica una actitud diferente frente a la forma y al contenido de las comunicaciones médico-paciente-familia. Un ejemplo lo tenemos en el momento en el que Carmela tiene que preguntarle al doctor Aldama cómo tranquilizar a su marido tras el ataque histérico en el que ha golpeado a su hermano con una botella en la cabeza. El desinterés que traspasa en las palabras del oncólogo es, básicamente, la representación ficcional de la distancia que separa el cuerpo político del cuerpo individual. El oncólogo, que en la ficción personifica el resultado perfecto de la ecuación médico-ciencia, percibe el trato con los pacientes como una molestia y siente nostalgia de un pasado en el que las comunicaciones eran más asépticas y breves, menos humanas:

Aldama sentía una profunda nostalgia por el beeper, un aparatito finisecular que servía para recibir telegramas electrónicos antes del apogeo de los teléfonos celulares. Si alguien quería comunicarse con él tenía que llamar a una operadora que transcribía el mensaje, pedía nombre y teléfono, y lo enviaba al beeper del destinatario: “Doctor, volvió el sangrado. ¿Qué hacemos?”, “Vómito y diarrea, no sé si sea urgencia”, “Llamaron del hospital. Falleció la sra. Ibáñez. Atte. Sara”. Los pacientes y familiares nunca se habían expresado con tanta concisión y llaneza como en la década maravillosa del beeper. (Comensal 177-178)

El tema de la incomunicabilidad se presenta también bajo la perspectiva de la voluntariedad opuesta a la obligatoriedad. El silencio y el consiguiente aislamiento que caracteriza la situación de Ramón choca con la voluntad de su hijo Mateo de permanecer aislado y en silencio por su gusto. Este, como típico adolescente introvertido y con problemas de autoestima, pasa la mayoría de su tiempo aislado de los demás, escuchando música en su habitación y reduciendo los contactos con sus familiares a breves momentos obligatorios. Habla gritando y busca mantener una actitud casi indiferente hacia lo que está pasando en su familia. En realidad, su percepción de la enfermedad es evidente y su reacción es torpe porque, básicamente, no puede modificar una relación que no existía y establecer una comunicación distinta sin experimentar vergüenza:



Mateo se sintió culpable por no buscar más a su padre, pero si antes de la enfermedad le resultaba desagradable, ahora le parecía insoportable. La personalidad expansiva de su padre se había convertido en un agujero negro que se tragaba toda la energía a su alrededor. (Comensal 83)

La misma condición de torpeza frente al contacto con su padre la vive Paulina, pero al contrario de su hermano ella se relaciona con su padre desde un punto de vista de hiperconexión comunicativa hecha de gestos afectuosos que, junto con la comida, le permiten placar sus nervios y su angustia. La comunicación con Carmela, en cambio, es quizás la menos emocional de todas por el simple motivo que al enfermarse Ramón tiene que sustituirlo en el trabajo y en la familia. Paradójicamente su comunicación con Ramón es dirigida a tratar asuntos familiares, aquietar dudas y proporcionar atención médica. Sin embargo, la soledad que siente Ramón y que caracteriza su estado no se define por el abandono por parte de su familia, al contrario, está caracterizado por la toma de conciencia de las dificultades que representa lidiar con una enfermedad como el cáncer. Ramón se vuelve un yo mudo porque no puede hablar, solo porque su mutismo le impide comunicar sus sensaciones y pensamientos en libertad e inmóvil, porque la imposibilidad de comunicarse con los demás le impide seguir organizando y viviendo su vida como lo hacía antes.

La posibilidad de entrar en conexión con el enfermo, aunque no sea de la forma que él desea, para superar el trauma de la enfermedad es otro tema importante que se asoma en la novela. En su última conversación, Teresa y Ramón hablan de la forma con la que él está llevando los dolores que lo atormentan en su condición de enfermo terminal. Frente a la actitud arisca del enfermo, Teresa intenta darle un consejo que le viene de su propia experiencia familiar:

sabes qué es lo que va a ayudarlos a seguir adelante? Sentir que tuvieron momentos de conexión contigo. Que llegaron a conocerte y tú a ellos. Yo sé que tal vez sientas que eres una carga para ellos, que lo mejor sería que... ya. Pero todavía tienes algo muy importante que hacer por ellos. Despidete sin prisa, enséñales a despedirse. (Comensal 186)

Esta última forma de tratar el tema de la comunicación delinea un matiz más íntimo de la relación que se establece entre el enfermo y su propia familia durante la temporada en la que dura la enfermedad y la curación de la misma. Ramón, el cuerpo enfermo, es el trámite a través del cual sus familiares pueden llegar a elaborar y superar la enfermedad. Aunque la forma que sus queridos tienen de acercarse a él no le guste, dejar que lo hagan corresponde a la única manera para ayudarlos a seguir adelante ya que el enfrentamiento con la enfermedad, y aún más en el caso de enfermedades crónico-degenerativas, supone una reacción incontrolable, para la que no solemos estar preparados desde nuestro estado de salud.

Pero la novela propone también una reflexión sobre otro aspecto importante de la comunicación alrededor de la enfermedad: hasta qué punto comunicarse acerca de la experiencia de la enfermedad puede afectar a quien ha estado enfermo. A lo largo de sus sesiones de terapia la condición de Ramón influye también en Teresa, quien siendo el personaje que más familiaridad tiene con las palabras se ve profundamente afectada



por la relación que Ramón vive con su mutismo. Lo que le fascina es la forma con la que ha sabido enfrentarse a la enfermedad y no dejarse definir por ella sin tener que pasar por la palabra. Le envidia su desapego al cáncer, porque ella no ha sabido construir esta misma distancia frente a la enfermedad. El trabajo de Teresa la ha expuesto a la reiteración diaria de su experiencia de enferma por el trámite de sus pacientes; enfrentándose a la patología todos los días a través de su profesión y de su cotidianidad, Teresa se ha obligado a revivir su experiencia y el dolor que esta conlleva, una y otra vez. El encuentro con Ramón es el estímulo para una reflexión interior que la empuja a actuar un cambio radical en su vida; tras décadas de consulta durante la cual ha escuchado incesantemente discursos sobre la enfermedad necesita escaparse “de mí misma, de mí como analista y como paciente, como coordinadora, como jardinera, como todo” (Comensal 154) y elaborar una nueva forma de gestionar su vida. Como último gesto antes de cerrar su consulta e irse, sin embargo, preparará de forma simbólica unas últimas galletas de marihuana para paliar los incesantes dolores que siente Ramón.

El último elemento que remite al ámbito de la comunicación es Benito, el loro que Elodia le ha regalado a Ramón para su cumpleaños. El amor que Ramón siente de inmediato por Benito se debe a que éste se presenta como su alter ego animal. Viviendo en el mercado ha aprendido a interrumpir las conversaciones gritando obscenidades y creciendo en una jaula demasiado pequeña para él se presenta en pésimas condiciones, con rasguños en las patas, sucio y perdiendo plumas. A pesar de pertenecer al mundo animal, Benito es el único ser con el que Ramón habla y al que confía sus pensamientos más íntimos sobre su estado de ánimo y sobre las preocupaciones por el futuro de su familia. Básicamente, la seguridad de que nadie lo interrumpirá le permite a Ramón encontrar en su loro una forma de escucha que ha perdido frente a los demás.

*Las mutaciones* rompe con el código de comunicación usual sobre el cáncer también desde un punto de vista estilístico. El registro tragicómico que desde el principio establece el tono de la narración produce un alejamiento del lector de la realidad del cáncer, el texto no se propone entrar en contacto con su emotividad. Al contrario, las frecuentes digresiones y la estructura en breves capítulos en los que se profundiza la psicología de un solo personaje a la vez ayudan al lector a alejarse del tópico del cáncer y a enfrentarse a la narración desde un punto de vista más ameno. A esto contribuye que el estereotipo que delinea a los personajes se proponga como un horizonte meta que el lector puede alcanzar con antelación. El ejemplo quizás más evidente de esto se da con los personajes del doctor Aldama y de Elodia. Aldama es la personificación del pensamiento médico analítico. Anciano, con una vida de pacientes oncológicos a sus espaldas, Aldama ha hecho de la perspectiva científica su lente para mirar el mundo. Aunque atento y extremadamente dedicado a su trabajo, percibe al paciente solo como un caso médico que no existe bajo ningún concepto desde el punto de vista humano. El enfermo es para él la personificación de un proceso que se repite decenas de veces frente a sus ojos y que no encierra ningún misterio o interés, a no ser por el curso que decidirá tomar su enfermedad a través de sus células. Elodia, en cambio, es el personaje más espiritual de la novela. Su forma de vivir la fe está tan ligada a la posible intervención divina que fácilmente sus gestos rozan la ingenuidad. El



tratamiento que reserva a Ramón oscila entre los cuidados de una madre atenta y los de una creyente ferviente, de tal manera que sorprende la seriedad con la que repite gestos al parecer dotados de un halo de magia que llega muy al límite de la superstición: aplicar la pegatina de San Peregrino a la nevera o rociar las camas con agua bendita son gestos paralelos a los de buscar los mejores sabores en los licuados que tiene que preparar para Ramón y manifiestan la fe en Dios, pero también en la posible recuperación del estado de salud.

Si Elodia se niega a aceptar la enfermedad, Aldama, con su actitud aséptica, niega que la salud pueda ser real y la define como un estado pasajero, totalmente determinado por la suerte:

no le parecía digno de asombro que la enfermedad existiera y abundara en un planeta atestado de longevos; para él lo sorprendente era salir a la calle y ver a tanta gente sana, porque la salud, al contrario de lo que pregonaban los charlatanes naturistas, no era un estado de paz y armonía con el entorno, sino de victoria pasajera sobre el caos, de tenso equilibrio en una cuerda tendida sobre el abismo de la entropía. (Comensal 133)

Lo interesante de cómo son caracterizados Aldama y Elodia es que ambos están vinculados al "signo". Aldama busca y cree solo en el signo médico, Elodia en el divino. El primero es detectado: el médico busca el signo y reconocerlo le permite individuar o suponer las características de la enfermedad; el segundo es esperado y, mientras no llega, impone una continua actuación de "búsqueda" del mismo. La dicotomía de los dos personajes en cuestión, encubierta dentro del argumento de la novela, demuestra la reelaboración a la que Comensal somete los elementos que pertenecen al campo médico para adaptarlos a sus propósitos ficcionales y representar la complejidad de las situaciones que se relacionan con la curación y la experiencia de la enfermedad.

La narración de la enfermedad de *Las mutaciones* es interesante, ante todo, porque delinea las dinámicas que se establecen dentro del cuerpo social a la hora de enfrentarse con la experiencia del enfermo. Al mismo tiempo, el énfasis que se establece sobre el tópico de la comunicación denuncia los límites y las dificultades que pueden establecerse a la hora de entrar en contacto con la enfermedad, en particular con aquellas que, como el cáncer, frecuentemente intentan matizarse a través del uso de metáforas patológicas. En oposición a este abuso de metáforas, *Las mutaciones* ofrece el ejemplo de cómo incluso las enfermedades sobre las que pesan fuertes tabúes pueden llegar a tener una aproximación neutra y "racional", en la que la profundización del ánimo humano se acompaña a una representación del sistema médico que permite, a través de la ironía, reír de las circunstancias narradas.

Desde el punto de vista de la narración de la enfermedad, la novela de Comensal se presenta, así, como un válido método de indagación y reflexión alrededor de la actitud, muchas veces involuntaria, que nos empuja a acercarnos a las problemáticas médicas encubriéndolas o evitándolas. Su narración ejemplifica algunos de los motivos que pueden existir detrás de esta posición de protección que caracteriza los elementos del cuerpo social y político y propone la suspensión del juicio a través del uso de la ironía. El uso de la ironía invita a tomar la distancia de una actitud demasiado emotiva,



en la que solemos percibir las enfermedades crónico-degenerativas a partir de perspectivas preestablecidas que no llegan a considerar la posición del enfermo. A este propósito, me parece que podría ser de interés releer las representaciones de la enfermedad que se producen en literatura a partir de la perspectiva del cuerpo pensante porque esta facilita el análisis de las conexiones entre el cuerpo y su entorno. Al describir el cuerpo y sus cambios durante y después de la enfermedad, la literatura proporciona la posibilidad de profundizar el conocimiento de las diferentes formas de percibir, ver o sentir los cambios que el morbo ocasiona a la persona y esto facilita la concientización sobre el cuerpo como elemento complejo, no sólo biológico, que vive y se desarrolla en relación con los demás. Desde este punto de vista, como lo demuestra, por ejemplo, el trabajo de Guerrero y Bouzaglo, el tópico de la enfermedad mantiene un valor político central dentro de la literatura latinoamericana contemporánea que todavía no se ha investigado en todas sus posibilidades. Considero que analizar el tópico de la enfermedad y del cuerpo en literatura desde la perspectiva del cuerpo pensante podría dar con una amplia posibilidad de investigación que permitiría establecer marcos interpretativos útiles para delinear las diferentes formas con las que la enfermedad puede insertarse dentro del texto literario.

## BIBLIOGRAFÍA

Arzate-Mireles, Cinthya Elizabeth, et al. "La relación médico-paciente-familia en Oncología." *GAMO*, núm. 12, 2013, pp. 41-48.

Bascuñán, M. Luz. "Comunicación de la verdad en medicina: contribuciones desde una perspectiva psicológica", *Revista Médica de Chile*, vol. 133, núm. 6, 2005, pp. 693-698.

Comensal, Jorge. *Las mutaciones*. Ediciones Antílope, 2016.

Galimberti, Umberto. *Il corpo*. Feltrinelli editore, 2017.

Goffman, Erving. *Stigma. Note sulla gestione dell'identità degradata*. Ombre Corte, 2018.

Good, Byron J. *Narrare la malattia. Lo sguardo antropologico sul rapporto medico-paziente*. Edizioni di Comunità, 1999.

Guerrero, Javier; Bouzaglo Nathalie. *Excesos del cuerpo. Ficciones de contagio y enfermedad en América Latina*, Eterna Cadencia, 2009.

Herrera, Andrea, et al. "Entrega de malas noticias en la práctica clínica." *Revista médica de Chile*, vol. 142, núm. 10, 2014, pp. 1306-1315  
Le Breton, David. *Antropología del cuerpo y modernidad. Nueva visión*, 2002.

Pizza, Giovanni. *Antropología medica. Studi, pratiche e politiche del corpo*. Carocci, 2005.

Scarabelli, Laura. "A modo de introducción. El imaginario de la enfermedad en la narrativa hispanoamericana contemporánea." *Orillas*, núm. 8, 2019, pp. 1-4.



Scheper-Hughes, Nancy, y Margaret M. Lock. "The Mindful Body: A Prolegomenon to Future Work in Medical Anthropology." *Medical Anthropology Quarterly*, núm. 1, 1987, pp. 6-41.

Sontag, Susan. *La enfermedad y sus metáforas. El Sida y sus metáforas*. Edición Kindle, DeBolsillo, 2011.

---

**Sara Carini** es doctora en Literatura Hispanoamericana por la Universidad Católica de Milán y, en la actualidad, es becaria de investigación en esa misma universidad. Ha publicado varios artículos en revistas científicas sobre literatura latinoamericana contemporánea y, en particular, sobre su recepción en el ámbito literario italiano. Su actual línea de investigación es el análisis de la narración del cuerpo y de su representación en la literatura latinoamericana y, en el marco del proyecto ConnectCaribbean, la temática de la representación de la esclavitud en la literatura del área centroamericana y caribeña.

[sara.carini@unicatt.it](mailto:sara.carini@unicatt.it)